

Una transformación silenciosa. La irrupción de la modernidad en una ciudad del interior (Guadalajara, 1868-1936)¹

Javier San Andrés Corral
Universidad Complutense de Madrid

Este trabajo sintetiza las líneas generales de una investigación que busca desentrañar las transformaciones de la sociedad urbana entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX. Para ello he elegido una ciudad del *hinterland* madrileño, Guadalajara. En principio, no parece que una vieja ciudad castellana que es la antítesis del dinamismo de los grandes centros industriales y de servicios, sea el marco más propicio para estudiar el fuerte impulso modernizador que recibió la sociedad urbana hasta convertirla en una sociedad de masas. Pero en las páginas que siguen, trataré de mostrar que, en buena medida, los prejuicios que nos llevan a cuestionarnos la idoneidad del marco espacio-temporal, obedecen a dos lógicas de razonamiento: por un lado, está la *constatación* de que las ciudades del interior, erigidas en medio de vastos entornos rurales, estaban dominadas por los mecanismos de funcionamiento de la sociedad rural, marcada a su vez por el peso de la tradición y la costumbre; y por otro, pesa demasiado la *imagen* difundida por la literatura realista y alimentada por el regeneracionismo castellanista de principios del siglo XX, sintetizado en la obra de Julio Senador, que despliegan una visión que domina las percepciones de los contemporáneos. En definitiva, el mito del *atraso* que subyace al antagonismo de dos mundos contrapuestos, limita nuestra interpretación de la *transformación silenciosa* que experimentaron las pequeñas ciudades y que culminó en la década de 1930².

Antonio Rivera defiende que en la transformación de las ciudades del interior se debió, principalmente, a la permeabilización de las transformaciones operadas en el conjunto del país. El proceso estuvo dominado por “*una complicada mezcla de tradición y modernidad (...) adquirida más por contacto que por convicción*”³. Este modelo interpretativo pone en evidencia el excesivo peso que han tenido la historiografía y la literatura del desarrollo/atraso en nuestra comprensión de la sociedad contemporánea, que han concebido la tensión entre la continuidad y el cambio como la colisión entre dos fuerzas opuestas que marcaron el *éxito* o el *fracaso* de la difusión de

¹ Este texto ha sido posible gracias a la concesión de tres proyectos de investigación: “De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000”, MINISTERIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA. PLAN NACIONAL DE I+D+I. (BHA2003-02543). UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal; “De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000” COMUNIDAD DE MADRID. PLAN REGIONAL DE I+D+I. Ref.: 06/HSE/0373/2004. “*La destrucción de la ciencia en España. De la Edad de Plata a la dictadura franquista, 1907-1945*”, ref.: HUM2007-64847/HIST. MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA. PLAN NACIONAL DE I+D+I. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. De la misma manera, a las discusiones mantenidas en el grupo de investigación UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, n° ref.: 941149, compuesto por Luis Enrique Otero Carvajal, Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rubén Pallol Trigueros, Rafael Simón Arce, Fernando Vicente Albarrán, Borja Carballo Barral, Nuria Rodríguez Martín, Javier San Andrés Corral y Daniel González Palacios.

² OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA, P., GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares, Colegio del Rey, 2003; MENDIOLA, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización*. Bilbao, UPV-EHU, 2002.

³ RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992, pp. 11-12.

los nuevos comportamientos de la sociedad industrial. E. P. Thompson dedicó grandes esfuerzos a señalar que ambas fuerzas coexistieron en las identidades de cada individuo. Su alegato a favor de las *experiencias* contribuyó a matizar la hegemonía de la clase social como categoría de análisis, mientras la historiografía feminista o el postestructuralismo concedían protagonismo al género, la costumbre y las *motivaciones* como categorías clave para interpretar la transformación de la sociedad preindustrial⁴.

La clásica visión de la modernización ha establecido una delgada línea que separa la transformación prodigiosa de los grandes centros fabriles, sometidos a un frenético dinamismo, frente a la transformación silenciosa de las viejas ciudades del interior, donde el somnoliento transcurso del tiempo estaba dominado por el ciclo de la agricultura tradicional. Guadalajara se sitúa, naturalmente, en el segundo grupo. El tren de la Revolución industrial no se detuvo en la capital alcarreña, y ni tan siquiera la segunda industrialización propició una transformación profunda del espacio urbano. Hasta 1920, la relación que mantuvo Guadalajara con la producción fabril fue un idilio temprano que no resistió el ocaso de la *protoindustrialización*⁵. A partir de esa fecha, la ciudad fue escenario de un incipiente desarrollo industrial que tuvo como ejes la producción de harina y cemento y, sobre todo, la fabricación de motores de automoción y aviones, con la instalación de “La Hispano”, en 1917⁶. En 1936, como en 1808, una guerra devastadora arruinó la empresa industrializadora, y con ello dio al traste con las posibilidades de desarrollo de la economía de la ciudad.

Hubo, sin embargo, una poderosa fuerza transformadora que radica en los intercambios de capital humano y en la que Guadalajara estaba llamada a tener un papel decisivo. El dinamismo de la ciudad dependía de una intensa movilidad, que nos permite incluir a Guadalajara en una categoría de ciudades que funcionaron como eslabones entre los grandes núcleos urbanos y sus entornos rurales; como centros redistribuidores de los intercambios de capital humano y recursos. Es un paradigmático ejemplo de *ciudad de paso* entre el principal centro urbano de la Península y una de las zonas que más contribuyeron a su crecimiento, la provincia de Guadalajara. Pero no solo en el sentido de ida, sino también en el de regreso, Guadalajara se benefició cuantitativamente, mientras de Madrid llegaban empleados y profesionales liberales, que contribuyeron a regenerar la agotada elite de la ciudad.

La historia urbana de los últimos años ha demostrado que a través de la reducción de la escala de análisis se puede humanizar la interpretación del pasado, hasta tal punto que “*comprender la sociedad del siglo XIX español se torna tarea imposible sin tomar en consideración el papel desempeñado por las corporaciones locales y las redes sociales, económicas, políticas y culturales en sus dimensiones locales y comarcales*”⁷. La influencia de la microhistoria ha sido decisiva en el desarrollo de una *historia social de la ciudad* cada vez más alejada de las claves interpretativas clásicas. Los años ochenta fueron fructíferos, al integrar los enfoques *macro* y *micro*, propiciar un análisis del espacio urbano que concibe la ciudad como escenario y como producto de las transformaciones sociales y difuminar los contornos de las estructuras a través de las experiencias⁸. Así, las relaciones intergeneracionales y de género, las estrategias

⁴ THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1991.

⁵ GONZÁLEZ ENCISO, A.: *Estado e industria en el siglo XVIII. La fábrica de Guadalajara*. Madrid, FUE, 1980.

⁶ VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro. Historia de la Hispano Aviación, 1917-1972*. Sevilla, Fundación El Monte, 2001.

⁷ OTERO CARVAJAL, L. E.: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2007 (vol. extraord.), pp. 245-264.

⁸ OTERO CARVAJAL, L. E.: “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ FERRER, G., y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España, 1898-1914*, Madrid, Biblioteca

familiares, las redes sociales o el grado de cualificación profesional, nos permiten analizar la transformación silenciosa de la que Guadalajara y sus habitantes fueron *protagonistas* e integrar el análisis de la ciudad en su marco espacial, el *hinterland* madrileño y su propio entorno rural, y en su marco histórico, la formación y la consolidación de la sociedad de masas en España.

El principal instrumento metodológico con que contamos es la reconstrucción de las experiencias individuales que se gestaban en la ciudad y de las redes sociales que operaban en ella. La fuente fundamental que nos sirve de referencia, las hojas declaratorias de los padrones municipales de 1869, 1884, 1904 y 1935, nos permiten aproximarnos decididamente a las experiencias, ya que las respuestas de los individuos responden a la lógica de su propia percepción –especialmente en lo referente a su inserción en los mercados de trabajo–, pero también nos permiten reconstruir la estructura demográfica (inmigración, tamaño de los hogares, pautas de coresidencia, relaciones de género e intergeneracionales), el funcionamiento de los mercados de trabajo y la estructura socioprofesional. Por último, el padrón nos ayuda a reconstruir los espacios de sociabilidad y el uso funcional del espacio de la ciudad desde la esfera doméstica a la esfera pública.

La transición demográfica y el universo de las familias

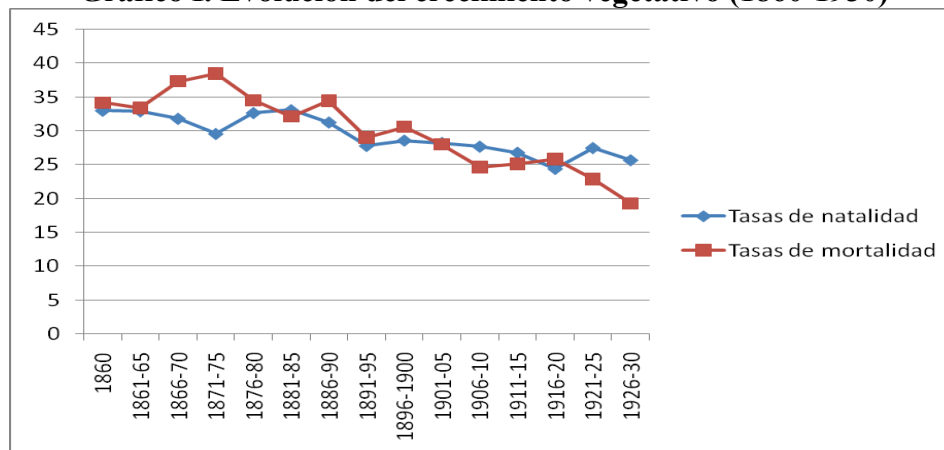
En las líneas precedentes se han señalado los rasgos del crecimiento demográfico limitado, pero continuo, que hizo pasar a la ciudad de más de 6.000 habitantes en 1857 a unos 16.000 en 1935. El irregular ritmo de crecimiento fue muy intenso en los períodos intercensales de 1877-87 y 1920-30, moderado en el período 1900-10 –inferior a la media española pero superior al del conjunto de capitales provinciales del *hinterland* madrileño– y prácticamente nulo –o incluso negativo en la década final del siglo XIX– para el resto del período. Nos encontramos, pues, ante un crecimiento marcado por una atonía general con dos o tres fuertes períodos de crecimiento que permitieron a Guadalajara incorporarse a trompicones al proceso de urbanización del período 1860-1930. Esta evolución es un claro síntoma de que la estructura demográfica se encontraba todavía en una fase embrionaria de la transición demográfica, en la que el dinamismo de la población dependía de las migraciones. La evolución del crecimiento vegetativo evidencia la lenta culminación del proceso. Hasta mediados de la década de 1920 no podemos hablar de un crecimiento vegetativo sostenido, motivado por la acusada caída de la mortalidad que convirtió a la natalidad en el factor de crecimiento de la población, en detrimento de la inmigración como principal mecanismo de regulación demográfica. Guadalajara se comportaba como una auténtica *ciudad de la muerte*, especialmente si observamos las tasas de mortalidad de los años setenta y noventa, que no se circunscriben necesariamente a episodios de mortalidad catastrófica. Sin embargo, la transición demográfica se dilató en las ciudades pequeñas debido a la lenta difusión de las mejoras sanitarias⁹. De este modo, podemos entender fácilmente cómo a inicios de la década, Madrid ya había iniciado la fase alcista del crecimiento vegetativo, mientras ciudades como Guadalajara o Pamplona se retrasaron en tal sentido¹⁰.

Nueva, 2007, pp. 79-118; CARBALLO BARRAL, B., PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: *El Ensanche de Madrid: historia de una capital*. Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁹ REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930”, WOUDE, A. *et al.* (eds.): *Urbanization in History: A Process of Dynamic Interactions*. Oxford, Clarendon Press, 1990.

¹⁰ MENDIOLA, F.: *Inmigración, familia y empleo...* (ob. cit.), pp. 61-91; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico”, en BAHAMONDE, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración* [III Coloquios de Historia de Madrid] (vol. 1). Madrid, CAM- Alfoz, 1989, pp. 29-76.

Gráfico I. Evolución del crecimiento vegetativo (1860-1930)



[Fuente: Elaboración propia a partir de GARCÍA BALLESTEROS, A.: *Geografía urbana de Guadalajara*. Madrid, FUE, 1978, pp. 204-205 y 291-293.]

El descenso de las tasas vitales, el incremento del celibato femenino definitivo y el descenso de la fecundidad y la nupcialidad¹¹ evidencian un cambio demográfico que vino acompañado de cambios en los modelos familiares, aunque la familia se comporte como una de las instituciones que más sólidamente afrontaron el cambio histórico. Aludir al significado económico de esta institución en la época pretransicional resulta ocioso, como también a la importancia de la moral imperante en cada época –desde la familia *patriarcal* a las economías campesinas– en la difusión de unos modelos canónicos. Pero empíricamente se ha demostrado que más allá de los valores en boga, las pautas de organización del hogar siguieron más la lógica de la reproducción demográfica, social y económica –como la herencia o la utilización de los hijos como vía de ingresos– que los dictados de la moral social predominante. En la Castilla urbana nos hallamos ante un predominio de la familia nuclear –modelo hegemónico en la sociedad rural– ribeteado por el modelo de la *lucha por la supervivencia* que representaba el realquiler en Madrid y, sobre todo, la persistencia de la familia extensa como principal red de apoyo y asistencia en la sociedad anterior al Estado social, lo que demuestra que la familia jugaba un papel fundamental en la asistencia a los jóvenes y ancianos y, sobre todo mujeres jóvenes, ancianas o solteras¹².

La consolidación de la familia nuclear (cerca del 72% de los hogares en 1935) y la tendencia de los hijos a permanecer en el hogar paterno muestran una nueva consideración socioeconómica de la descendencia y están estrechamente ligados a la transformación del modelo productivo basado en el taller familiar. Sin embargo, el predominio de las pautas neolcales no suponía la emancipación respecto de la familia, pues se observa una acusada tendencia a la *vinculación patriolocal*, pues en diferentes momentos de su ciclo vital, las familias tendían a establecerse en una vivienda cercana a la de los padres de uno o ambos cónyuges, e incluso de parientes cercanos. Esta costumbre indica que los lazos de sangre seguían siendo muy fuertes y eran capaces de generar la inserción en redes relacionales mucho más complejas que tendían a asegurar los intereses compartidos. El primero y más perentorio, el de la ayuda mutua, evidencia que la familia continuaba siendo el más eficaz mecanismo asistencial, ante la insuficiencia del Estado.

¹¹ GARCÍA BALLESTEROS, A.: *Geografía urbana...* (ob. cit.).

¹² REHER, D. S.: *La familia en España: pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...* (ob. cit.), pp. 327-380; MARTÍNEZ LÓPEZ, D.: “Sobre familias, elites y herencias en el siglo XIX”, *Historia Contemporánea*, 2005 (31), pp. 457-480.

La familia era la base de las redes sociales que se tendían para asegurar la reproducción social y económica, de ahí que sea una categoría fundamental para entender la dinámica de la sociedad. Numerosos autores han utilizado como modelo explicativo en sus estudios de historia social el concepto de estrategias familiares como forma de conectar las experiencias individuales y los grandes procesos de cambio colectivo¹³. Uno de los terrenos en los que más eficacia ha demostrado este modelo interpretativo es el de las migraciones, partiendo de la base de que en el seno de la familia se gestaban las estrategias que afectaban a la movilidad de sus miembros. La decisión de enviar a uno o a varios hijos a la ciudad para trabajar obedecía a las necesidades que surgían en un momento dado del ciclo vital familiar y era coherente con las posibilidades de que disponían. Pero la decisión de emigrar no se planteaba únicamente en términos de necesidad y capacidad, sino que en ella intervenían elementos que nos invitan a considerar el papel de la subjetividad de los individuos en su marco relacional fundamental. En la gestación de las experiencias migratorias operaba la lógica de los depredadores, pero también la racionalidad del grupo y la *lógica* de las emociones, por lo general tendentes a minimizar los riesgos de la empresa y asegurar la integración de los inmigrantes en el lugar de llegada: desde la tradición familiar al funcionamiento de redes basadas en la amistad, el paisanaje o el parentesco, que ejercían un poderoso *efecto llamada*, sirven para explicar la toma de decisión de emigrar análogamente a la convicción de una vida mejor en la ciudad¹⁴.

Esta interpretación ha matizado el modelo clásico que surgió a medio camino entre la tesis malthusiana del desequilibrio entre población y recursos y la teoría económica liberal de las leyes de oferta y demanda. El modelo clásico formulado por Ravenstein se basaba en la ecuación entre la acción *repulsiva* de los lugares de origen (factores *push*) y la capacidad *atractiva* de los de destino (factores *pull*). Durante mucho tiempo, los estudios sobre la movilidad trataron de resolver cuáles de ellos pesaban más en cada caso. En el de Guadalajara, el irregular crecimiento demográfico nos invita a pensar en un predominio de los factores de expulsión, explicable a partir de la debilidad del mercado de trabajo. Pero el refuerzo de la subjetividad en el proceso de la toma de decisión de emigrar sugiere que actuaban también poderosos factores de atracción.

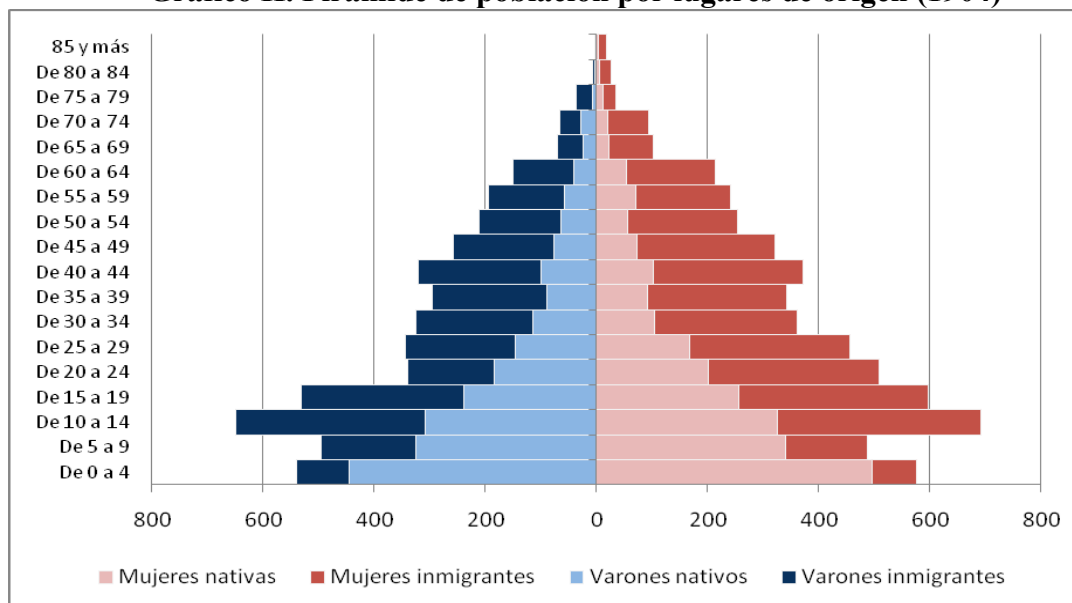
Guadalajara, en tanto que ciudad de paso, mostraba una tendencia tanto a atraer población, como a cederla, tal y como se observa en la pirámide de población de 1904. La composición generacional de los inmigrantes que aflúan a la ciudad (población de más de 25 años) sugiere que se estaba consolidando una inmigración en el seno de la familia que compensaba la fuerte emigración desde los primeros años del ciclo vital familiar o desde la incorporación efectiva al mercado de trabajo. Esta hipótesis se ve confirmada por la tabla que recoge las formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados, y constituye un indicio de que la inmigración adquiría un mayor carácter definitivo, y es propia de las migraciones de larga distancia y de los mercados de trabajo articulados. Ni lo uno ni lo otro se daban en Guadalajara; no, al menos, en la proporción que en los grandes núcleos poblacionales, lo que fortalece la

¹³ MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo...* (ob. cit.); GONZÁLEZ PORTILLA, M. y URRUTIKOETXEA, J.: *Vivir en familia. Organizar la sociedad. La familia vasca a las puertas de la modernidad*. Bilbao, UPV-EHU, 2003; PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína: 1877-1913*. Bilbao, UPV-EHU, 1993. Un análisis detallado de la familia en Guadalajara: SAN ANDRÉS CORRAL, J.: "Estructuras domésticas y estrategias familiares en la Castilla urbana: en torno a la familia arriacense en el último tercio del siglo XIX", *Congreso "Familia y organización social en Europa y América" [Albacete-Murcia, 12-14 de diciembre de 2007]* (en prensa).

¹⁴ GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao*. Bilbao, UPV-EHU, 2005.

idea de que las migraciones que *pasaban por la ciudad* obedecían a la inercia de los movimientos que se dirigían hacia Madrid. Pese a la mayoritaria integración de los inmigrantes en el marco de sus respectivas familias también había lugar para la llegada de mujeres jóvenes empleadas en el servicio doméstico (un 23% de las mujeres recién llegadas eran sirvientas que vivían en casa de sus patrones); pero ni siquiera en este caso podemos descartar que llegaran en el seno de la familia y, una vez en la ciudad, ingresaran en alguna casa como internas. Por su parte, el ensanchamiento de los grupos de edad de entre diez y veinte años muestra la importancia que tenían en la ciudad los establecimientos de beneficencia.

Gráfico II. Pirámide de población por lugares de origen (1904)



[Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1904.]

Independientemente de las pautas seguidas por los inmigrantes, la población de Guadalajara crecía a expensas de la inmigración que aflucía a la ciudad y que, poco a poco, contribuyó a generar la *sensación* de un *cambio social*, propiciado por la presencia de la muchedumbre¹⁵. El cronista provincial, Juan Catalina García, lamentaba estar viviendo un cambio de mentalidad propiciado por *los nuevos rumbos*, que tendían a destruir la *genialidad propia* de cada pueblo, que atribuía a la intensificación de los intercambios de población “*Donde se ha perdido más el antiguo carácter y las añejas costumbres –decía– es en la parte de la Campiña, que está en relación inmediata con Madrid y su tierra*”¹⁶. La intensa movilidad de la que Guadalajara era escenario descansaba en su condición capitalina, que había reportado a la ciudad un lugar preeminente en la nueva estructura de la red de comunicaciones¹⁷. Su estratégica ubicación geográfica respecto a Madrid, hizo el resto, y desde los decenios finales del siglo XIX, el porcentaje de habitantes no nativos no bajó de la mitad de la población, llegando en algunos casos a rozar las tres quintas partes. El gráfico que recoge el origen de los inmigrantes revela la inserción de la ciudad en la red urbana del interior y cómo

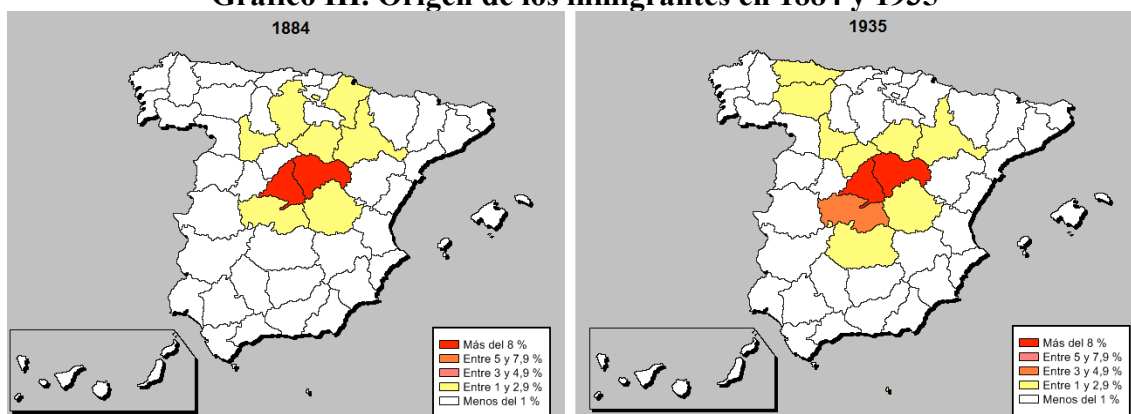
¹⁵ CASTELLS, L. y RIVERA, A.: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)”, en CASTELLS, L. (ed.): *La historia de la vida cotidiana*, Ayer, 1995 (19), pp. 146-147.

¹⁶ GARCÍA, J. C.: *El libro de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Imp. Provincial, 1881, p. 65.

¹⁷ BAHAMONDE MAGRO, Á. (dir.); MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España. 1700-1936*. Madrid. Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1993.

poco a poco se fue consolidando su papel en la misma. En 1884, la llegada de inmigrantes se debía a la inercia de los desplazamientos entre dos importantes cuencas migratorias: la de la capital aragonesa y la de Madrid. La fuerte presencia de zaragozanos y sorianos durante todo el periodo refuerza esta idea. En la década de 1930, la capital alcarreña había afianzado su condición de centro secundario de la cuenca migratoria madrileña, de la que se beneficiaba tanto en un sentido como en otro, al recoger población que se dirigía a la capital, pero también los movimientos de regreso¹⁸. De esta manera se explica la presencia de oleadas migratorias desde orígenes poco habituales en Guadalajara, como las provincias manchegas, Castilla la Vieja y Asturias, que eran las canteras de las que se surtía el mercado de trabajo de la capital de España¹⁹.

Gráfico III. Origen de los inmigrantes en 1884 y 1935



[Fuente: Padrones de 1884 y 1935.]

El funcionamiento de redes sociales en las migraciones de larga distancia explica la presencia de un contingente de población procedente de provincias alejadas no necesariamente relacionado con el Ejército o la administración. Esta conducta es fácilmente observable en el caso de los dependientes del comercio, sector en el que se aprecia una acusada tendencia a la endogamia patrocinada por los propios comerciantes. Uno de los industriales más destacados de la ciudad, el contratista Manuel Gil de la Huerta, por ejemplo, contaba en 1884 con seis “*sirvientes*”, todos ellos, como él, burgaleses y probablemente también parientes. *Parentesco* y *paisanaje* fueron los ingredientes de una trayectoria de éxito basada en la reproducción de una conducta endogámica y del funcionamiento de una estrategia común tendente a la perpetuación y reproducción del patrimonio familiar. Los Madrigal-Justel-Losada, emparentados entre sí, llegaron a la ciudad antes de 1869. La familia de comerciantes modestos –y probablemente ambulantes, como lo demuestra el lugar de nacimiento de los hijos– fue consolidándose gracias a la “*venta de tejidos finos*” hasta que Vicente Madrigal Justel, famoso propietario de los grandes almacenes “La ciudad de Londres”, desembarcó en la política y llegó a ser presidente de la Diputación Provincial.

Con el tiempo, la operatividad de las redes migratorias se hizo muy evidente en el caso de la movilidad de media distancia. En 1935 podemos constatar la presencia de un numeroso grupo de inmigrantes procedentes del pueblo toledano de Mocejón. Cuatro de las familias originarias de este pueblo se habían establecido en un área periférica de la ciudad, donde se había concentrado tradicionalmente la agricultura y que desde los años

¹⁸ CARBALLO, B., PALLOL, R., SAN ANDRÉS, J. y VICENTE, F.: “Madrid y su *hinterland*: redes sociales, capital humano y modernización urbana (1860-1905)”, en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España contemporánea [Cádiz, 23-24 de abril de 2009]* (actas en prensa).

¹⁹ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...* (ob. cit.).

veinte estaba afianzando su dimensión residencial vinculada a los centros fabriles del río Henares y la carretera de Marchamalo; el resto se ubicaba en zonas próximas. Esta conducta, como la de la madre de una de esas familias, de regresar al pueblo de origen para alumbrar a los hijos del matrimonio –comportamiento muy difundido entre las familias recién llegadas– nos invitan a pensar que el vínculo con la vida rural era muy fuerte y sólo tendía a difuminarse a partir del segundo o tercer vástago, cuando la familia se había integrado en la ciudad y la veteranía de la maternidad se había convertido en un grado.

Pero la inserción de los inmigrantes en redes de apoyo no era exclusivo de los circuitos migratorios de media o larga distancia, pues las jóvenes empleadas en el servicio doméstico –en su mayor parte procedentes de las zonas rurales de la provincia, del sur de la de Soria o del sector oriental de la de Madrid– tendían a seguir los pasos de paisanas o hermanas mayores que trabajaban como internas en algunas de las mejores casas de la ciudad. La tendencia a la inmigración en el seno de la familia restringía las migraciones estacionales a algunas empleadas del servicio doméstico para reunir la dote²⁰. Muchas de las sirvientas que abandonaron sus pueblos para trabajar en la capital de la provincia no solo lograron su objetivo, sino que hicieron uso del mercado matrimonial de la ciudad. Otras comprendieron que a dos pasos podían percibir un mejor salario, trabajando igual, y emprendieron el camino hacia la gran ciudad. El dilema a la hora de tomar la decisión de emigrar surgía de lo que esperaban encontrar los inmigrantes, y en el riesgo que estaban dispuestos a asumir. Madrid ofrecía un mercado mucho mejor articulado, y de hecho, la mayor parte de los inmigrantes de la provincia de Guadalajara elegían la capital de España. Guadalajara tenía otros alicientes, sobre todo si se contaba con recomendación como garantía de que el trabajo no iba a faltar. Pero muchas veces, las puertas de Madrid se cerraban, y los inmigrantes tenían que regresar. La ciudad se beneficiaba de estos movimientos de regreso, lo que sugiere que la ecuación que ha se ha utilizado para interpretar las relaciones entre la capital de España y su entorno es mucho más compleja de lo que se tiende a pensar.

Un sector de la historiografía, seguidor de los trabajos de Ringrose, considera que esta relación estaba marcada por el *desequilibrio*, en favor de Madrid, que devoraba los recursos de su entorno²¹. De acuerdo con esta interpretación, la acusada centralización administrativa que supuso la transformación de la corte en capital del Estado liberal tuvo su plasmación en la consolidación de ésta como centro de consumo. De esta interpretación se colige que Madrid, en tanto que afianzaba su hegemonía política, se limitaba a succionar los recursos de su entorno, mientras el agro castellano se desangraba. La macrocefalia de Madrid es una constatación, especialmente si basamos el análisis en una observación superficial de los grandes agregados de población, pues mientras la de la capital crecía desafortadamente, las zonas rurales se veían sometidas a una creciente despoblación. El principal problema que subyace a esta interpretación *macro* es que no atiende a la naturaleza de los intercambios. A Madrid no cesaban de llegar habitantes de la España interior en busca de trabajo, como tampoco cesaban de llegar capitales y productos. Pero esta afluencia de capital humano y de riqueza no revirtió en el desarrollo económico de la ciudad, aunque propiciara la transformación de Madrid en *capital del capital* español²². En este sentido, tan importante era consumir

²⁰ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1994; REHER, D. S.: *La familia...* (ob. cit.).

²¹ RINGROSE, D. R.: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Madrid, Alianza, 1996.

²² BAHAMONDE MAGRO, Á. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid: de capital imperial a región metropolitana: cinco siglos de terciarización”, en *Papeles de Economía Española*, 1999, 18, pp. 18-30.

recursos como ofrecer servicios y acoger a los habitantes de unas ciudades y un campo, el castellano, que no logró crear una estructura para afrontar su propio desarrollo²³.

En esos intercambios, Guadalajara capital actuó en multitud de ocasiones a modo de *filtro* de los habitantes que se dirigían desde la provincia hacia Madrid, otorgándoles la posibilidad de incorporarse al mercado de trabajo. Mientras, Madrid se especializó en proporcionar a la pequeña capital provincial una elite de la que era deficitaria y que supuso un importante vehículo para la difusión de la cultura urbana. En esa suerte de relación *fatal*, una y otra ciudades sirvieron para equilibrar los desajustes de los mercados de trabajo, y mientras Guadalajara proporcionaba mano de obra no cualificada y emprendedores comerciantes o empleados *curtidos* en la burocracia provincial, la capital del Estado liberal nutría a su *ciudad satélite* de cuadros medios de la administración civil, profesionales liberales, más algunos comerciantes que se decantaron por ser cabeza de ratón en lugar de cola de león. Además, la ineficiente centralización administrativa supuso una transmisión de funciones que la capital de un Estado “*más reglamentista que centralista*” se veía incapaz de asumir, y que significó un estímulo para el crecimiento de las ciudades del interior²⁴. Este modelo convirtió a muchas ciudades españolas en centros eminentemente administrativos, y Guadalajara, con la debilidad de su tejido económico, la ausencia de clero episcopal y el enorme peso de la población militar, se transformó en la sublimación de este modelo.

Las transformaciones del mercado de trabajo: supervivencia y reproducción social

La descripción de la sociedad victoriana que se recoge al inicio de estas páginas como ejemplo de *ciudad levítica* expresa fielmente la composición socioprofesional de Guadalajara en el último tercio del siglo XIX y los primeros decenios del XX. Los empleados, los comerciantes y los militares, más el heterogéneo y exclusivo grupo de las profesiones liberales constituían la espuma de una sociedad mesocrática que compensaba la ausencia de una elite propietaria –más acusada, si cabe, en Guadalajara, debido al fuerte comportamiento absentista de la burguesía inmobiliaria surgida al calor de las desamortizaciones–. Los jornaleros y las criadas completaban el cuadro de una sociedad que giraba en torno a dos grandes grupos en función de las expectativas que la ciudad podía ofrecerles: los que luchaban por sobrevivir en medio del clima de atonía de la economía urbana; y los que buscaban prosperar *a pesar* de ello, aprovechando las posibilidades que ofrecían las actividades derivadas de la administración.

En el fondo, la Guadalajara anterior a la Primera Guerra Mundial no era más que una ciudad administrativa y castrense, donde toda la actividad económica giraba en torno a la presencia de funcionarios, empleados y, sobre todo, militares de la Academia o del Cuartel de Aerostación. Hasta tal punto estaba instalada en la mentalidad de la elite local la percepción de que la suerte de la ciudad estaba ligada al elemento militar que, en 1889 se desencadenó una agria polémica por la decisión del Gobierno de dismantelar el Regimiento permanente con sede en la ciudad del Henares. En una sesión extraordinaria del Ayuntamiento, el decano del Colegio de Abogados ponía en solfa la enorme debilidad de la economía urbana y “*la triste situación en que se hallaba esta ciudad por carecer de guarnición del ejército (...) por lo cual necesitaban mayores elementos de vida como indudablemente los dan las fuerzas del ejército en los puntos en que están acantonadas o de guarnición*”²⁵.

²³ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N.: *Madrid ante la Castilla agraria en el siglo XIX*. Madrid, Delegación de Cultura del Ayuntamiento-Instituto de Estudios Madrileños (CSIC), 1983.

²⁴ OTERO CARVAJAL, L. E.: “Tradición y Modernidad...” (art. cit.); CARBALLO, B., GONZÁLEZ, D., PALLOL, R., SAN ANDRÉS, J. y VICENTE, F.: “Madrid y su *hinterland*...” (art. cit.).

²⁵ Actas de sesiones del Ayuntamiento (AMGU).

Leopoldo Alas, *Clarín*, daba cuenta de la importancia cualitativa de la Academia de Ingenieros en un relato breve en el que su protagonista describía una ciudad en la que “no se ve más que capotes azules y franjas de pantalón partidas en dos”²⁶, en alusión al uniforme de los cadetes de la Academia. Los establecimientos militares explican la fuerte presencia de un contingente de población foráneo poco dado al mestizaje. Arturo Barea describe esta situación en el segundo volumen de su trilogía, *La ruta*, pues conocía bien la ciudad desde sus años como empleado de la fábrica de motores de La Hispano. La *miserable* ciudad que describe estaba formada por “algunos propietarios, algunos taberneros y unos cuantos comerciantes modestos, porque Madrid está muy próximo. Su mayor provecho era la Academia de Ingenieros Militares. Las muchachas de la ciudad se convertían en novias de los cadetes y se casaban con los hijos de los labradores. El resultado era que por la noche los estudiantes y los campesinos venían a dar serenatas a las muchachas y acababan a golpes. A veces un cadete, cuando ya había llegado a capitán, regresaba a Guadalajara y se casaba con su antigua novia. Esto mantenía vivas las esperanzas de todas las muchachas”²⁷.

La importancia que el decano de la abogacía atribuía en 1889 a la Academia como estímulo de la actividad económica parece responder más a la voluntad y el afán de grandeza de la elite que a la realidad cotidiana. La mayor parte de la población se situaba en los márgenes de la sociedad, trabajando a jornal en algún tajo de la construcción, como temporeros en las labores agrícolas o como mozos en la trastienda o el almacén de algún comercio. El volumen de este grupo de población, potenciales beneficiarios de una asistencia domiciliar que se veía frecuentemente desbordada, no cesó de crecer entre 1869 y 1936. Este fue el rasgo más visible de la evolución del mercado de trabajo masculino durante el período y es coherente con uno de los factores que explican esta dinámica: el proceso de proletarización y descualificación subsiguiente a la descomposición del artesanado. La crisis de la organización tardogremial y del mundo de los oficios tradicionales vino de la mano de la integración de los mercados nacionales y significó no sólo la ya conocida transformación de las relaciones entre maestros y oficiales, sino que también supuso el desplazamiento de los primeros hacia las clases medias y bajas, favoreciendo el auge de un heterogéneo grupo social y profesional que adquirió entidad propia al calor de la expansión del Estado liberal: los empleados. El acelerado descenso de los artesanos y su recomposición interna, patente en la práctica desaparición de los zapateros, junto a otros oficios tradicionales (boteros, jalmeros o carreteros), frente al mantenimiento de carpinteros, albañiles, pintores o cerrajeros –es decir los relacionados con la construcción– coincide con el engrosamiento de las filas de los jornaleros, un colectivo muy numeroso que se nutría en mayor medida de los viejos artesanos desplazados por el nuevo horizonte económico que por los inmigrantes *empujados* desde el campo.

La *corrosión de los oficios* manuales se solapaba, en Guadalajara, con la aguda crisis sufrida por los talleres artesanales subsidiarios de la Real Fábrica a comienzos del siglo XIX²⁸. En la segunda mitad de la centuria, el proceso se aceleró como consecuencia del nuevo horizonte del liberalismo económico. Pero al no contar la ciudad ni tan siquiera con un incipiente tejido industrial, la práctica totalidad de los viejos artesanos se vieron desplazados hacia los márgenes de la sociedad. Sólo algunos sobrevivieron al naufragio, pero hubieron de reorientar sus talleres hacia la venta²⁹. El

²⁶ CLARÍN (L. Alas): “Bustamante”, en *Pipá*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1886, p. 361.

²⁷ BAREA, A.: *La forja de un rebelde (II): La ruta*. Barcelona, DeBolsillo, 2009, p. 168.

²⁸ GARCÍA BALLESTEROS, A.: *Geografía urbana...* (ob. cit.).

²⁹ KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 109; BAHAMONDE MAGRO, Á.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)”, *Estudios de*

proceso de *jornalerización* descrito fue el elemento central del mercado de trabajo de la ciudad hasta, por lo menos, la Primera Guerra Mundial; el duro golpe sufrido por la producción artesanal como consecuencia del prematuro cierre de la Fábrica, la falta de industrialización que absorbiera la mano de obra artesana y el impacto ocasionado en el modelo productivo de la ciudad por su integración en los mercados nacionales fueron los elementos característicos de dicho proceso³⁰. Sólo en la segunda década del siglo XX comenzó a afianzarse una débil, pero incipiente economía de servicios que entroncó con la irrupción de la producción fabril, preludiada por las fábricas de harinas y que culminó con la llegada de la industria automovilística y aeronáutica.

Tabla III. Estructura socioprofesional de la población adulta masculina³¹

Categorías profesionales	1869		1884		1904		1935	
	Trabs.	%	Trabs.	%	Trabs.	%	Trabs.	%
Propietarios y rentistas	52	2,19	40	1,36	35	0,98	23	0,50
Grandes comerciantes e industriales	3	0,13	23	0,78	26	0,73	22	0,48
Profesionales liberales y titulados	68	2,86	109	3,72	100	2,81	106	2,29
Empleados, servicios y dependientes de comercio	306	12,86	407	13,88	452	12,68	689	14,90
Pequeño comercio	179	7,52	185	6,31	160	4,49	228	4,92
Artesanos, oficios y trabajadores cualificados	306	12,86	252	8,59	248	6,96	221	4,78
Jornaleros y trabajadores sin cualificar	645	27,11	908	30,96	1.332	37,37	1.894	40,93
Labores agropecuarias	123	5,17	95	3,24	71	1,99	51	1,10
Servicio doméstico	78	3,18	40	1,36	37	1,04	7	0,15
Iglesia y militares	132	5,55	265	9,04	247	6,93	286	6,18
Pensionistas, jubilados y retirados	17	0,71	36	1,23	37	1,04	84	1,81
Sin oficio y cesantes	172	7,23	266	9,07	448	12,57	646	13,96
Sin determinar	298	12,53	307	10,46	371	10,41	370	8,00
TOTAL	2.379	100,00	2.933	100,00	3.564	100,00	4.627	100,00

[Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones de 1869, 1884, 1904 y 1935.]

El trabajo a jornal, como se aprecia en algunas apostillas a la falta de cualificación profesional (“*lo que salga*”, “*cuando hay trabajo*”), implicaba la inserción de los trabajadores en sectores profesionales diversos. La construcción era una vía circunstancial para absorber a los cesantes, y el medio más rápido de colocación, pues la agricultura, dominada por la propiedad familiar y la ubicación periférica, se encontraba en franco retroceso. El ayuntamiento y las fuerzas vivas de la ciudad, y a la cabeza la riquísima filántropa duquesa de Sevillano, en los períodos de caída de la actividad edilicia, se veían obligados a autorizar obras, en parte inspirados por la moral caritativa

Historia Social, 1980, 15, pp. 143-175; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...* (ob. cit.), pp. 381-417; NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, MTSS, 1985.

³⁰ SAN ANDRÉS CORRAL, J.: “La descomposición del mundo de los oficios y el mercado de trabajo en una ciudad preindustrial: Guadalajara, 1869-1904”, *IX Jornadas de Castilla-La Mancha de Investigación en Archivos [Guadalajara, 27-30 de abril de 2009]* (en prensa).

³¹ Los datos correspondientes a 1935 corresponden a una muestra de población de 14.000 habitantes.

y benéfica y en parte forzados por el temor a que se viera alterada la paz que reinaba en la ciudad cuando se intensificaban las habituales concentraciones de jornaleros en busca de trabajo a las puertas del Consistorio. En diciembre de 1890 “unos doscientos obreros” se plantaron en la Plaza Mayor para lograr “ocupación a fin de poder dar pan a sus familias”. El Ayuntamiento acordó emplear a cerca de cincuenta trabajadores en diferentes reformas, reconociendo el mal momento por el que atravesaba la construcción en la ciudad³². Los jornales (entre 1,50 y 3 pesetas) nos dan la medida del raquítico horizonte del mercado de trabajo, que dependía casi totalmente de la construcción y del fuerte componente paternalista que impregnaba la acción de los poderes públicos. Un ejemplo de esta conducta era el de la Imprenta Provincial, aunque en este caso, la institución de la que dependía, la Diputación, desempeñaba un importante papel en la formación de capital humano, ya que la mano de obra de la que se nutría el establecimiento estaba formada, en su mayoría, por los muchachos acogidos en la Inclusa, mientras las muchachas eran empleadas como sirvientas domésticas. La función que desempeñaba la Diputación nos induce a pensar que el torno de la Casa de Expósitos hacía las veces de prematuro y eficiente mecanismo con el que aliviar las estrecheces del hogar.

La lenta terciarización de la economía es el otro rasgo distintivo de la evolución del mercado laboral arriacense hasta la irrupción de la industria. Las nuevas funciones urbanas, derivadas de la capitalidad provincial desde 1833, supusieron la ampliación de un sector profesional que se miraba en el espejo de la burguesía y emulaba sus comportamientos *de clase*. Eran legión los empleados que se contentaban con trabajar cerca de la corte –donde culminaban las grandes carreras de los burócratas– y disponer de servicio doméstico propio. La *miseria* que dominaba en la pequeña capital provincial alimentaba la vanidad de muchos empleados de banca o de la administración. En Madrid, muchos de ellos se confundirían con la masa de trabajadores de cuello blanco, pero en una Guadalajara en la que la administración se movía al resuello de la clientela romanonista³³, los empleados públicos eran los *reyes* en el país de los ciegos.

Los arquitectos municipales conocían las oportunidades que generaba una capital de provincia. Antonio Adeva abandonó su pueblo natal, Colmenar de Oreja, para trasladarse a Madrid en 1870, instalándose en el Camino de las Ventas. Su puesto como modesto jefe de obras en una zona popular del Ensanche madrileño no lograba colmar sus aspiraciones, pero la vacante en la jefatura de obras del Ayuntamiento alcarreño serviría para alimentar su *cursus honorum*. Entonces, Guadalajara se encontraba en una fase expansiva de la actividad edilicia y, como la falta de arquitectos era endémica, Adeva no hizo sino recibir encargos de la pujante elite comercial de la ciudad³⁴. La oportunidad de que disfrutó Adeva, como otros arquitectos municipales pone de manifiesto la dependencia de la actividad económica respecto del estímulo público.

La gran transformación de la economía urbana de las décadas de 1920 y 1930 no emanó de un crecimiento anterior ni surgió del propio impulso de la economía local. Fueron el nuevo horizonte de la economía española a expensas de la Gran Guerra y los intereses estratégicos en Marruecos –en ambos casos ligados a los intereses particulares del conde de Romanones– los que propiciaron el *despegue* de la industria en la ciudad. Desde comienzos de siglo operaban en las inmediaciones del río Henares algunas fábricas de harina, pero hacia 1917 “se produjo una revolución: un ejército de dibujantes, empleados y mecánicos invadieron las tabernas de cadetes y campesinos.

³² AMGU, 141622, ff.49-51.

³³ MORENO LUZÓN, J.: *Romanones. Caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.

³⁴ La trayectoria de Adeva ha sido reconstruida gracias a los datos que me han proporcionado Fernando Vicente, Borja Carballo y Rubén Pallol, a quienes agradezco su generosidad.

Jornaleros locales que hasta entonces habían ganado cuatro pesetas cuando había trabajo, se convirtieron en obreros de la fábrica ganando el doble. Los padres y las muchachas vieron el cielo abierto. Su vida había cambiado”³⁵.

En efecto, los años veinte fueron de una importancia capital, porque cambiaron la fisonomía de la ciudad, a la vez que se gestó el cambio de modelo productivo: la ciudad administrativa y castrense fue, poco a poco, convirtiéndose en una ciudad *moderna*. El incendio de la Academia de Ingenieros en la Navidad de 1924 tuvo un carácter premonitorio, pues en 1931 se cerraron definitivamente sus instalaciones y las franjas rojas del uniforme de los cadetes dejaron de confundirse con el paisaje urbano. La ciudad mantendría un cierto halo castrense, patente en la Maestranza y Talleres de Ingenieros del Fuerte de San Francisco, en el voluminoso Regimiento de Ingenieros o en el ceremonial de la apertura del curso de los Colegios de Huérfanos, aunque perdiera el componente ilustrado que representaban los profesores y la impresionante biblioteca de la Academia, en favor de una milicia cuartelera.

Tabla IV. Principales oficios de los artesanos (1869-1904)

1869		1884		1904		1935	
Zapatero	77	Carpintero	59	Zapatero	49	Mecánico	47
Carpintero	72	Zapatero	49	Carpintero	29	Carpintero	27
Albañil	50	Sastre	29	Sastre	27	Sastre	19
Sastre	25	Albañil	26	Albañil	20	Cerrajero	11
Pintor	10	Carretero	14	Tipógrafo	15	Albañil	10
Herrero	10	Cerrajero	13	Cajista	10	Tipógrafo	17
Cerrajero	10	Pintor	9	Herrero	8	Pintor	9
Guarnicionero	8	Herrero	7	Cerrajero	8	Electricista	7
Calderero	8	Tipógrafo	7	Carretero	7	Guarnicionero	7
Tipógrafo	7	Sillero	6	Pintor	7	Zapatero	6
Carretero	7	Encuadernador	6	Calderero	6	Botero	5
Cajista	7	Botero	5	Sillero	6	Relojero	5

[Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones de 1869, 1884, 1904 y 1935.]

La nueva industria aeronáutica aceleró definitivamente el proceso de proletarización del artesanado tradicional, no tanto en el sentido de la descualificación, sino en el de la inserción de los trabajadores en un nuevo sistema productivo, que llevó consigo nuevos mecanismos de autorrepresentación. El padre de Marcelino Viejo Canalejas, voz de los primitivos obreros de la planta de fabricación de aviones, es la expresión de una de esas identidades forjadas al calor de la coexistencia entre la tradición y la modernidad. Carpintero de profesión, se declaraba “*jornalero*” en 1935, cuando en realidad había llegado a ser jefe del taller de carpintería de “La Hispano Aviación”, mientras mantenía abierto su propio taller como complemento de su trabajo en la fábrica. Su propio hijo relata cómo su padre, “*como todos los carpinteros de entonces además de las horas que trabajaban en los diferentes talleres que allí había [en “La Hispano”], realizaban otros trabajos extras en su casa, con objeto de obtener alguna otra fuente de ingresos monetarios, por lo que en su casa disponía de un banco y las herramientas correspondientes*”³⁶. El caso de Casto Viejo es similar al de muchos otros “*jornaleros*” que declaraban percibir un salario de 3.000 pesetas, en lugar del clásico jornal de tres o cuatro, o las ocho o diez pesetas que alcanzaban los más afortunados. Casto adaptó la nueva organización fabril a la vieja tradición del taller familiar y *colocó* a todos sus hijos en la fábrica. Marcelino, el autor de las memorias

³⁵ BAREA, A.: *La ruta* (ob. cit.), p. 168.

³⁶ VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro...* (ob. cit.), p. 17.

que nos sirven como hilo argumental, se incorporó a su trabajo a los trece años, percibiendo 2,25 pesetas, que al cabo de dos años se habían convertido en 3,75, aunque Marcelino reconoce que su elevado sueldo de aprendiz se debía a que era hijo del jefe del taller.

Los nuevos salarios se correspondían con inusitados mecanismos de representación del oficio. Los zapateros iniciaron su ocaso con el cambio de siglo. Algunos, como Baltasar Medel, tuvieron que asumir la *corrosión del oficio*, y trabajar como jornaleros, mientras otros, como León Leal, asumieron el nuevo horizonte económico, y probaron con la *especulación en calzado*. Los carpinteros se conformaron con mantenerse, tras el ocaso de la construcción, gracias al “*futuro en tela y madera*” que auguraba a La Hispano en sus primeros años. Peor fue para los albañiles, donde se observa una profunda descualificación. En otro tiempo, el oficio de albañil podía suponer un importante vehículo para la reproducción social. No faltaron los albañiles, como Julián Aragonés Tejero que se convirtieron en pequeños promotores inmobiliarios, lo que les reportaba un papel preeminente en las zonas de la periferia de la ciudad³⁷. Pero en 1935 apenas quedaban diez albañiles que se declaraban como tal, lo que nos indica que el peso de la construcción recaía sobre los jornaleros. La profunda revolución vino de la mano de los mecánicos, y sus adláteres ajustadores, torneros, metalúrgicos y montadores, que junto con los electricistas, componían el cuadro de la modernidad industrial. Los salarios de que disfrutaban (10 pesetas de jornal o 3.250 de salario anual, frente a las 5 y 800 pesetas, respectivamente, de un albañil) y su composición generacional (entre los veinte y treinta años en la mayor parte de los casos) les situaban ante un prometedor futuro y les convertían en el mejor partido de la ciudad. El sueño del progreso que representaba La Hispano se desvaneció en 1936. La ilusión colectiva se fue con el material y el instrumental de la fábrica, que fue trasladada a Alicante, el último reducto de la zona republicana, para evitar que cayera en manos de las tropas nacionalistas. Como en 1808, de nuevo una guerra arrebató a la ciudad la posibilidad de contar con un desarrollo sostenido.

El modelo que he venido empleando para reconstruir la estructura del mercado de trabajo logra superar las limitaciones del clásico sistema de división tripartita en sectores productivos, al introducir categorías como el género, la dimensión generacional o la cualificación en la reconstrucción de las relaciones laborales y la construcción de los mercados de trabajo. Por ello, considerar la estructura socioprofesional a partir de los universos cerrados de los grupos que la componen obedece a un reduccionismo que el análisis de las experiencias y las estrategias individuales, por un lado, y la reflexión acerca de los mecanismos de autorrepresentación del padrón, por otro, nos permiten matizar. Así como hemos visto en el caso de los “jornaleros”, la voz “sus labores” encierra un significado mucho más amplio y más profundo que el que nos ofrece el uso del lenguaje en una sociedad con un fuerte componente patriarcal y que, por tanto, va más allá de los modelos de género. Aquí también, como en el caso de los jornaleros, nos hallamos ante la inserción de las trabajadoras en sectores profesionales diversos y/o desarrollados de forma simultánea, pero siempre bajo la constante de la descualificación, la inestabilidad y la temporalidad que afectaban a los hombres; en este caso, además, el trabajo realizado por mujeres parece estar marcado por la falta de monetarización³⁸. Todo ello explica que, no ociosamente, sino más bien por inercia, no existiera una conciencia por parte de las mujeres sino de que se hallaban desempeñando una actividad *complementaria* respecto de la ocupación del cabeza de familia. Esta

³⁷ TATJER MIR, M.: *El barrio de la Barceloneta, 1753-1982: mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórico de Barcelona*. Barcelona, Universidad, 1988.

³⁸ PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas...* (ob. cit.).

circunstancia parece explicar de un modo más coherente el subregistro del empleo femenino, más que los roles sociales instituidos por la moral de la época. El trabajo doméstico fuera del hogar, por ejemplo, no obtenía una consideración social equiparable al de los varones de similar cualificación y consideración social, como lo demuestra el abundante número de sirvientas domésticas que al señalar la relación con el cabeza de familia indican “*sirvienta*”, mientras al declarar la profesión son consideradas como “*sus labores*”. La ocultación era el mecanismo que operaba en el caso de las religiosas –intuimos que en virtud del temor desencadenado en medio de la creciente conflictividad política en la antesala de la guerra civil–, quienes también declaraban como ocupación “*sus labores*” en el empadronamiento de 1935.

Tabla V. Estructura socioprofesional de la población adulta femenina

Categorías profesionales	1869		1884		1904		1935	
	Trabs.	%	Trabs.	%	Trabs.	%	Trabs.	%
Sin determinar, sus labores	1.884	66,20	2.544	70,16	3.299	75,30	4.234	75,96
Servicio doméstico	536	18,83	606	16,71	421	9,61	310	5,56
Iglesia	81	2,85	151	4,16	166	3,79	293	5,25
Sin oficio y cesantes	70	2,46	88	2,43	262	5,98	391	7,01
Pequeño comercio	65	2,28	51	1,41	19	0,43	17	0,31
Propietarias y rentistas	57	2,00	34	0,94	36	0,82	2	0,04
Jornaleras y trabajadoras sin cualificar	54	1,90	58	1,60	64	1,46	104	1,87
Oficios, artesanas y trabajadoras cualificadas	51	1,79	18	0,50	8	0,18	26	0,47
Labores agropecuarias	22	0,77	11	0,30	3	0,07	1	0,02
Empleadas, servicios y dependientes del comercio	12	0,42	14	0,39	35	0,80	105	1,88
Pensionistas, retiradas y jubiladas	12	0,42	39	1,08	62	1,42	78	1,40
Profesionales liberales	2	0,07	12	0,33	3	0,07	12	0,22
Grandes comerciantes e industriales	0	0,00	0	0,00	3	0,07	0	0,00
TOTAL	2.846	100,00	3.626	100,00	4.381	100,00	5.573	100,00

[Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones de 1869, 1884, 1904 y 1935.]

A pesar de todo lo anterior, contamos con innumerables evidencias de presupuestos familiares que se sustentaban en el trabajo de las mujeres o las hijas. Las hermanas Roa Plaza, Ignacia y Carmen, por ejemplo, ponían en solfa el modelo de ganadores de pan y amas de casa, pues sabían muy bien lo que suponía tomar la iniciativa en una familia que durante algunos momentos de dificultad –que presumiblemente obligaron a los padres a emigrar siguiendo la estela de sus hijas– debió de surtir de los ingresos de las dos hermanas. También son Ignacia y Carmen un ejemplo de la importancia económica de los hijos para las economías familiares, pues habían sido las primeras en hacer el petate y probar suerte en la ciudad desde el cercano pueblo de Yebes, en 1882. La reagrupación familiar se consumó dos años después, con la incorporación de los padres y hermanos a la cadena migratoria iniciada por las hijas mayores, aunque en realidad, podemos suponer que la llegada de las dos hermanas a la ciudad se realizó a través de un entramado de relaciones basadas en el paisanaje. La familia se estableció en una zona donde se concentraba un abundante número de

inmigrantes con un origen y una extracción social comunes a las de los Roa. Buena parte de los jornaleros y sirvientas procedentes de Yebes que habitaban en la ciudad se distribuían por la plaza de Jáudenes y el barrio del Alamín, próximas a Pescadores y San Lázaro (donde vivían los Roa), mientras un núcleo lo hacía por el barrio de Alvar Fáñez y la plaza de la Antigua. En cuanto a las sirvientas internas, la concentración se restringía todavía más a una zona cercana a la anterior (la calle Mayor, eje de la vida urbana, y las plazas Mayor y Horno de San Gil), donde, además, trabajaba Ignacia Roa.

Con todo, el ciclo vital de las familias determinaba la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo de una forma más o menos efectiva. La incorporación de los hijos al mercado de trabajo puede estar detrás del paulatino descenso de la actividad laboral de las mujeres casadas, que tendían a reingresar en el mercado de trabajo de una forma más o menos efectiva cuando los hijos eran mayores y abandonaban el hogar paterno³⁹. También en el caso de las mujeres se advierte una transformación de las representaciones. En 1935, las maestras, las telefonistas y las *modistillas* teñían de colores vivos la escala de grises de los papeles de género que tenía reservadas a las mujeres el modelo de religiosidad introspectiva de las religiosas y el rol de esposas y madres para las mujeres casadas, de acuerdo con la teoría de las dos esferas⁴⁰. Aunque Carmen García Arroyo percibía un salario menor que su colega y esposo como profesora del Instituto, sus 8.000 pesetas superaban el salario de la mayor parte de empleados varones de la ciudad.

El subregistro del trabajo infantil era otra cosa. El empleo de los niños era prácticamente invisible. Sólo en algunos casos somos capaces de desentrañar la utilización de los hijos propios, de los ajenos o de los que habían dejado de ser de alguien, como fuerza de trabajo. En el primer caso, ligados a la estructura familiar del taller, era frecuente que los segundones se colocaran a trabajar con el padre, mientras los mayores exploraban otras posibilidades. El recurso a los hijos de familiares también era evidente en un sistema de producción que tendía a desaparecer con la creciente monetarización del trabajo. Pero había una práctica cercana a la servidumbre y que demuestra que el mito de *Cenicienta* se ve ampliamente superado por la realidad: la adopción de niñas de la Inclusa que, al cabo de un tiempo, pasaban a convertirse en sirvientas de sus padres adoptivos. Con la llegada del nuevo siglo, el trabajo infantil *visible* se fue desplazando hacia la periferia de la ciudad, donde la mayor parte de ellos se dedicaba al trabajo en el campo. Esto era síntoma de un cambio de mentalidad en lo que se refiere a la consideración social y económica de los niños, aunque parece que, una vez más, nos enfrentamos ante una ocultación del trabajo infantil. Contamos con testimonios de muchachos que empezaban a trabajar tan pronto como podían. Es el caso de Tomás Camarillo Hierro, conocido fotógrafo que relata cómo la muerte de su padre, forzó a su madre y a él a incorporarse al mercado de trabajo. El muchacho hubo de emprender la emigración hacia Madrid, pues las posibilidades de que disponía en la ciudad eran escasas⁴¹. En los años veinte, “La Hispano” abrió un nuevo horizonte a los que, como Marcelino Viejo, se incorporaron a trabajar en la fábrica. Pero el relato de Viejo nos induce a pensar que se trataba de un *privilegiado* –no obstante era hijo del jefe del taller de “La Hispano”–, pues pudo continuar estudiando, mientras recibía el salario de un adulto.

³⁹ CAMPS i CURA, E.: “De ocupación, sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX, 1919-1920”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.), *Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis (IV Congreso de la ADEH, 2)*, Bilbao, UPV-EHU, 1999.

⁴⁰ MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés: la familia en la Espala de la Restauración*. Madrid, Marcial Pons, 2001.

⁴¹ CAMARILLO, T.: *Guadalajara. Memorias de mi vida*. Guadalajara, Diputación Provincial, 2000.

Viejo continuó su formación preparatoria para perito industrial, en una institución privada de carácter laico, pionera en la ciudad, en la que su padre le inscribió, junto a sus hermanos varones, para que recibiera una formación integral y progresista. En la Fundación Felipe Nieto, un filántropo seguidor de la pedagogía de Ferrer i Guardia, se impartía enseñanza gratuita a los hijos de los obreros de la que se beneficiaron numerosas familias de la ciudad. Los maestros de la institución, Tomás de la Rica y su esposa, Manuela Etreros, eran destacados miembros de la elite republicana. En la escuela se impartía una enseñanza técnica y humanística, fiel a la inspiración librepensadora de su fundador y al espíritu de sus profesores⁴².

Pese a iniciativas como esta, en las zonas marginales se registraban todavía las tasas más altas de analfabetismo. La lenta difusión de la educación en la ciudad se debía, en parte, a la insuficiencia de los poderes locales, y un tanto también a los prejuicios de la elite conservadora que emprendieron una campaña de descrédito contra la institución creada por Felipe Nieto. En los años de la República, la escolarización seguía siendo deficiente, como revela el alto grado de absentismo escolar de las zonas marginales de la ciudad. En 1935, la familia Magro Valdizán utilizaba la hoja de empadronamiento a modo de canal de descontento: “*la niña Teresa [su hija] no asiste al Colegio aun estando inscrita; por hallarse sus padres [un obrero parado y un ama de casa] en espera del aviso de ingreso en uno de los grupos Escolares de esta Capital = Suponemos avisarán antes de que cumpla la niña 20 años =*”. Por otra parte, era bastante habitual entre los vecinos de los Magro, que residían en uno de los numerosos arrabales extramuros de la ciudad, que los niños cuyos padres contaban con algún nivel de instrucción no supieran leer ni escribir, incluso en la edad adulta. No era el caso de Teresa, pues excepcionalmente sus padres, o su hermano mayor, que sí asistía al colegio, debieron de encargarse de suplir la carencia, ya que la niña sabía leer, lo cual era, por demás, bastante infrecuente a la edad de cinco años.

Espacios comunes: sociabilidad y segregación. El espacio público de la ciudad

Con el ruido de fondo de las campanas de las iglesias y el paso cadencioso de las mulas de los arrieros, la vida de la ciudad decimonónica transcurría en medio de un silencio ocasionalmente roto por las piquetas de la construcción y las maniobras de los ingenieros de la Academia. Pero desde las décadas finales del siglo XIX, el tiempo histórico se aceleró, vivificando el transcurso de la vida cotidiana. En 1904, había en la ciudad “*unas 70 tabernas aproximadamente, tres cafés, el Casino Principal, el Ateneo Instructivo del Obrero, un número muy respetable de asociaciones obreras, el teatro principal y tres casas de lenocinio*”⁴³. En la mayor parte de estos espacios se escribió la crónica cotidiana de la ciudad, pues en ellos se cruzaban las trayectorias de sus habitantes. De la corrala a la taberna y de la casona al Casino, había que recorrer un camino mal pavimentado que es escenario, y a la vez, producto, de una sociedad cambiante y contradictoria. La calle, el barrio son, pues, espacios de sociabilidad primaria, una continuación de casas pequeñas y mal ventiladas, donde el hacinamiento era bastante habitual⁴⁴.

La ciudad fue mudando su tradicional fisonomía, de forma paralela al progresivo cambio de mentalidad de sus habitantes. La *sensación* de cambio social que advertía el

⁴² CALERO, J. P.: “La Escuela Laica de Guadalajara (1885-1939)”, en *Añil*, 2004-2005 (28), pp. 81-87; VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro...* (ob. cit.), pp. 21-23.

⁴³ *Flores y Abejas*, 26 de noviembre de 1904. Cit. CALERO, J. P. e HIGUERA, S.: *Historia contemporánea de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Bornova, 2008, p. 224.

⁴⁴ OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008, p. 315.

cronista provincial en 1881 se tornó en certidumbre cuando en los años anteriores a la Gran Guerra se puso de manifiesto que las masas habían comenzado a emanciparse. La nueva sociedad asumió nuevas pautas de comportamiento colectivo, patentes en el ocio y el consumo, y había consumado el aprendizaje de la nueva política⁴⁵. En Inglaterra, *cuna* de la industrialización, la visibilización de la clase obrera “*tipo Andy Capp*”, asociada a las nuevas pautas de ocio y de consumo, a los sindicatos y al laborismo, a las gorras de paño y al *fish-and-chips* se fue modelando en las últimas décadas del siglo XIX⁴⁶. Pero en España, la sociedad de masas no se consolidó hasta el primer tercio del siglo XX, de la mano de los nuevos comportamientos sociales asentados sobre una cultura netamente urbana. Se difundió una cultura popular que no estaba monopolizada por la *sana tradición*, una cultura de masas donde los obreros tuvieron un papel muy destacado. Una parte de la vieja elite liberal y los propagandistas católicos, se sintieron amenazados ante la creciente visibilidad de la masa. Por eso, desde el púlpito y desde otros altavoces, advertían de una crisis moral que demonizaba la taberna como espacio de sociabilidad por antonomasia.

Hasta el primer decenio del siglo XX, las transformaciones *tangibles* del cambio tecnológico no hicieron cundir la sensación de que había irrumpido la modernidad. En Guadalajara ese proceso fue muy lento, en parte debido a la debilidad endémica de la elite local, más preocupada por rentabilizar sus negocios inmobiliarios que por la inversión en actividades productivas. Consecuencia de ello fue la deficiente transformación del espacio urbano. Constreñida por barrancos, la Guadalajara de 1880 mantenía la estructura propia de una ciudad medieval: una abigarrada almendra central donde la coexistencia de individuos de distinto pelaje era la tónica habitual, rodeada por viejos arrabales donde se hacinaban las familias menos pudientes y un área extramuros salpicada por una heterogénea amalgama de caseríos, ventas, paradores, molinos harineros, batanes y casas de labor, que se vieron sorprendidas por el trazado ferroviario. La transformación urbanística de la ciudad se caracterizó por el “*paso sin articulación entre el casco medieval y el bloque abierto, por la ausencia de ensanche, tanto como por la ausencia de centro en el sector antiguo, sustituido en todo caso por un eje dominante*”⁴⁷.

Pese a las voluntariosas iniciativas de la época, las casas para obreros brillaron por su ausencia, hasta que las iniciativas privadas de la Compañía Nacional de Habitación Popular y del emprendedor filántropo, Isidro (“Manolito”) Taberné. Entretanto, el crecimiento espacial tuvo un carácter espontáneo, y fuertemente sometido a los intereses inmobiliarios de la vieja elite propietaria alimentada por las desamortizaciones. La reforma interior del plano, preludio de los planes de Ensanche –solución urbanística española por antonomasia que consumaba el afán segregacionista de la burguesía liberal–, se solapó, casi sin solución de continuidad con la urbanización espontánea y marginal de comienzos del siglo XX⁴⁸. En 1916, el alcalde, Miguel Fluiters, que era uno de los principales propietarios agrarios en los terrenos próximos al ferrocarril y “La

⁴⁵ OTERO CARVAJAL, L. E.: “Tradición y Modernidad...” (art. cit.); OTERO CARVAJAL, L. E.: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas. La socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003 (25), pp. 169-198; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: “Ocio, consumo y publicidad en España. 1898-1920”, *Congreso Internacional “Modernizar España”...* (ob. cit.).

⁴⁶ HOBBSAWM, E.: “La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1870-1914”, en *El mundo del trabajo*. Barcelona, Crítica, 1987, pp. 239-263.

⁴⁷ BALDELLOU, M. Á.: *Tradición y cambio en la arquitectura de Guadalajara (1850-1936)*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos, 1989, p. 21.

⁴⁸ LAVASTRE, P. y MAS, R. (coords.): *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad [Seminario celebrado 4-5 de febrero de 2002]*. Madrid, Universidad Autónoma-Casa de Velázquez, 2005.

Hispano”, promovió un *ensanche*⁴⁹–, que reproducía los ideales filantrópicos y el paternalismo obrero imperante en la cuestión de la habitación desde los años ochenta del siglo XIX⁵⁰. La primitiva planificación urbanística de la ciudad se limitaba a derribos, alineaciones de calles y reedificaciones, que fueron el caldo de cultivo para la consolidación de la elite propietaria surgida con ocasión de las desamortizaciones, merced a la fuerte especulación inmobiliaria⁵¹.

En los años finales del siglo XIX, la construcción recuperó parte de la inercia de los años ochenta, iniciándose la renovación del caserío en el principal eje de la ciudad, desplazándose el centro neurálgico de la ciudad de los edificios castrenses y administrativos a una zona de equipamientos que se convirtió en un importante espacio de sociabilidad. En las inmediaciones de aquella plaza se encontraba la principal zona de esparcimiento, el parque de la Concordia, un espacio residencial para la clase media y una zona de equipamientos –prisión, plaza de toros, campo de fútbol y hospital–. La falta de planificación de este espontáneo *ensanche* nos da idea de la escasa iniciativa de la burguesía, que se limitaba a ampliar sus propiedades con el favor del Ayuntamiento. En este contexto surgieron improvisados promotores, como el albañil Julián Aragonés, que ampliaron su patrimonio construyendo casas modestas destinadas a alquiler. La ausencia de una acción planificada desde un ideal segregacionista provocó un modelo de *segregación imperfecta* que, no obstante la convivencia de clases sociales, permitió a la elite arbitrar mecanismos de diferenciación social del espacio urbano. La segregación, tanto horizontal como vertical⁵² empezaba a imponerse. El elemento más destacado de la diferenciación socioespacial corresponde al peso de los jornaleros en la periferia de la ciudad, donde llegaban a representar la mitad de los cabezas de familia, duplicando el porcentaje del casco. El casco, por su parte, concentraba a los representantes del mundo de los oficios, pero aunque los arrabales empezaban su expansión y renovación, al acoger los equipamientos, la ciudad medieval era el lugar preferido por empleados y profesionales liberales, si bien la mayor concentración de comerciantes se explica por la acumulación de comercios en la principal arteria de la ciudad: la calle Mayor.

La vida de la gente común transcurría en casas bajas sin las más elementales condiciones higiénicas –como las que predominaban en los arrabales del Alamín o del Agua–, o en reducidos cuartos de casas de vecindad –como los de las plazuelas y callejuelas secundarias del casco, a espaldas de la calle y plaza Mayor–, cuyos trazados laberínticos respondían a la mentalidad especulativa de los propietarios. En 1904, en el número 7 de la plazuela de Don Pedro, por ejemplo, contamos con un ejemplo de casa de vecinos de tres plantas en las que prácticamente la totalidad de las dieciocho familias que allí vivían estaban encabezadas por jornaleros, viudas y algún empleado cesante. En dos de los principales, un buñolero y un empleado que había *colocado* a dos de sus hijos como escribiente y como encuadernador, mientras los otros dos asistían a las Escuelas Pías, actuaban como improvisada elite *a escala*, dentro del general paisaje del *comunismo del hambre*.

La segregación en altura fue uno de los mecanismos más evidentes de la fabricación social del espacio. En el número 12 de la calle Barrionuevo Alta, uno de los bajos estaba ocupado por un matrimonio de jornaleros –uno de los escasos ejemplos en

⁴⁹ *La Crónica*, 4 de enero y 16 de febrero de 1916.

⁵⁰ ARIAS, L.: *El socialismo y la vivienda obrera en España (1926-1939): la cooperativa de casas baratas «Pablo Iglesias»*. Universidad de Salamanca, 2003; DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1986.

⁵¹ ANGUITA, R.: “Alinear, derribar y reedificar: los proyectos de alineación de calles y las reformas urbanas en las ciudades españolas del siglo XIX”, GONZÁLEZ PORTILLA, M., NOVO, P. y BEASCOECHEA, J. A. (eds.): *La ciudad contemporánea: espacio y sociedad*. Bilbao, UPV-EHU, 2006.

⁵² DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales...* (ob. cit.).

los que la mujer declara esta ocupación— procedentes de Soria, en el caso del marido, y Teruel, en el de la esposa. En el otro bajo vivía un alguacil con su numerosa familia, esposa y cuatro hijos varones. En los principales habitaban dos familias típicas de la espuma de la sociedad local: la de un abogado del Estado y la de un militar, con sus correspondientes sirvientes (una cada uno). El único segundo habitado era el del jornalero Joaquín Bonillo y su esposa, Concepción de Juan, que todavía no tenían hijos. El sotabanco, finalmente, era la modesta residencia de una viuda y sus cuatro hijos, que sobrevivían gracias al jornal de los dos mayores, Florencio y Federico, que pronto se convirtió en uno de los líderes obreros de la ciudad.

Puede que la vida de los arriacenses transcurriera todavía entre *tabernas* y *paseos dominicales*, y que los espectáculos taurinos y las fiestas patronales siguieran siendo los más concurridos, pero en los años treinta, la construcción del campo de fútbol que permitió a los poderes locales paliar el paro obrero, propició la socialización de la práctica deportiva, que hasta entonces, se restringía al excursionismo. El partido inaugural del nuevo campo de fútbol enfrentó a la Unión Deportiva Obrera y a la Deportiva Arriacense⁵³. La titularidad del estadio correspondió a la UGT, que dejaba clara su identificación con el nuevo espectáculo de masas. Los lugares comunes de la elite basculaban entre el Casino Principal, el Teatro y el Ateneo Científico, Literario y Artístico. En este último, la moral positivista se impuso entre la minoría ilustrada que acudía a sus veladas literarias, donde se abordaban cuestiones como “La gravitación universal”, “El planeta Marte” o el *volapük*, lengua universal antecesora del esperanto⁵⁴. La institución erudita fue decantándose por la cuestión social, pero la elite ilustrada del Ateneo fue perdiendo fuelle, mientras el Casino reforzó su papel como espacio de sociabilidad por antonomasia de la *burguesía ociosa*. Probablemente fue allí donde también se forjaron trayectorias de ascenso social, al calor de las redes relacionales de la burguesía emprendedora. Nos llama la atención la experiencia de Antonio Luengo Dosaguas, que no pertenecía a ese mundo, y sin embargo, se cruzó por azar con la espuma de la sociedad arriacense. Tal vez allí, como camarero del Casino, Luengo tomó conciencia de que su situación podía mejorar, y con el tiempo se convirtió en un pujante industrial, aunque eso supusiera abandonar el centro y trasladarse a uno de los arrabales de la ciudad, el más dinámico por su situación estratégica —el acceso natural desde el ferrocarril y la carretera de Madrid a Francia— y por la composición de sus habitantes. En el viejo casco, como camarero del casino, no había sitio para sus ambiciones, pero en el arrabal de Cacharrerías, Luengo asumiría un papel preeminente.

Conclusiones

En esa confluencia de caminos se sitúa la tensión entre la *moderna* sociedad urbana y la *obsoleta* sociedad tradicional. Pero el balance no puede adoptar la forma de la eficiencia o el atraso. En primer lugar, porque la ciudad no se transformó en una sociedad radical y netamente moderna, pero se vio sorprendida por una modernidad que tendía a colapsar las estructuras heredadas. Y en segundo lugar, porque no está tan claro que en esa tensión entre *modernidad* y *tradicción* se impusiera la lógica de la aculturación, sino que más bien se produjo un *contagio* de los nuevos valores de una sociedad de masas en la que se resistían a diluirse las costumbres del mundo rural, pues los comportamientos aprendidos en los pueblos se perpetuaban en la ciudad, donde operaban poderosos lazos que no se rompían tan fácilmente. De esta manera, los mundos rural y urbano se realimentaban, gracias a la intensa movilidad practicada por las poblaciones y este es un rasgo *multicultural* que definió la identidad de los

⁵³ VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro...* (ob. cit.), p. 125.

⁵⁴ *Revista del Ateneo Científico, Literario y Artístico*, 1877, I (2).

habitantes de las ciudades españolas –y es precisamente en ese contexto nacional donde se inscribe la transformación de las pequeñas ciudades–, pues nunca llegaba a cortarse el cordón umbilical con el pueblo de origen.

El diálogo entre lo moderno y la tradición, entre lo urbano y lo rural, entre los comportamientos colectivos y las experiencias individuales fue mucho menos perceptible que la que propiciaron los ensanches, las fábricas o los modernos centros de negocios de las grandes ciudades, pero nos sitúa en un mundo secreto para los habitantes de la *ciudad levítica*, y forma parte de un lenguaje oculto para los observadores foráneos. Un mundo *secreto* y *oculto* que hizo de su coexistencia con la nueva tradición la seña de identidad de la vida urbana en las ciudades del interior.

La progresiva –y no siempre eficiente– separación de la casa y el taller, la nueva concepción de los hijos, que fue despojando a la familia de su carácter *productivo* a favor de su naturaleza *reproductiva*, la nueva cultura de las masas y la lenta pero eficiente desvirtuación de los roles de género nos invitan a reflexionar sobre si el modelo de modernización pasa, necesariamente, por la fábrica, aunque como hemos visto, ésta tuvo un importante efecto multiplicador y acelerador. Adquieren importancia, en este punto, los intercambios de capital humano, propiciados por la integración del territorio merced a la nueva red de comunicaciones, como parámetro interpretativo de la modernidad, pues permitieron a ciudades como Guadalajara, una vieja ciudad dormida, despertar, y subirse al tren en marcha de la modernidad.